con rencorosos alaridos á las puertas del pretorio romano: Crucifixe! crucifixe! no reparan, Señores, que ese Dios crucificado por sus padres, empezó á vivir realmente bajo la losa de su sepulcro. Ella, obstinada, como hace diez y nueve siglos, en sus impías negaciones, no quiere comparar nada, no quiere aprender nada, y cierra envanecida sus ojos, que parecen ofuscados por los mismos fulgores de la verdad eterna, ante el milagro vivo y permanente de la Iglesia.

Entretanto, Señores, la sociedad moderna está sentada en medio de los campos de la muerte, inclinada la frente pensadora, la mirada extraviada y crispadas las manos por la angustia y el terror, como buscando en la tierra la solucion de no sé qué signos cabalísticos, que le traerán la paz y la felicidad, y hasta la perfeccion del género humano. A su alrededor se levantan, como horribles fantasmas que la inquietan y la fatigan, todas las negaciones libre-pensadoras, desde Luzbel hasta Renan, y todas las seducciones socialistas, desde el Paraíso hasta la Comuna. Y así espera, Señores, un dia, que no puede llegar, y una hora, que no sonará nunca.

Es verdad que la humanidad entera arrastra sobre el haz de la tierra una vida luctuosa y miserable, que la misma Iglesia canta con lúgubres gemidos; vida que se desarrolla en infinitas y concéntricas evoluciones, bajo el pesado anatema de una degradacion primitiva, que la historia ha recogido á su paso, entre los pliegues de su manto, y cuya creencia universal está hace tiempo colocada entre las incontrovertibles verdades que corresponden al criterio del testimonio humano; pero esa misma Iglesia y ese mismo criterio, dirémos, si no queremos apoyarnos en la fé; esa misma historia, cuyos incontables eslabones van á engancharse en el Calvario, nos demuestran claramente, que los dolores de esta vida no tienen más remedio que la Iglesia misma.

Repasad, si no, Señores, de una rápida ojeada, las enseñanzas todas de la historia universal; comparad el mundo antiguo con el

mundo moderno; la monstruosa desigualdad de las sociedades politeistas con la justa y racional armonía de las sociedades cristianas, y decid, con la mano puesta sobre el corazon, si no ha venido el Cristianismo con las montañas de la caridad, á llenar los abismos que existian en la sociedad y aun en la misma naturaleza humana; de la caridad, Señores, cuyo nombre no fué ni siquiera conocido en las antiguas teogonías. No profesando la verdadera nocion de Dios los pueblos paganos, cuyos más grandes sabios andaban buscando á tientas sistemas más ó ménos ingeniosos, segun el alcance de sus inteligencias, y los rayos de luz que á su alrededor arrojaba el pueblo escogido, no pudieron ser regidos más que por *el fatum*, puesto al servicio de las viciosas divinidades de la ficcion mitológica. ¿Pero qué caridad, ni qué sabiduría, ni qué moralidad podrian inspirar á los hombres los dioses vengativos, embusteros y corrompidos del Olimpo? La Filosofía, pues, lo inventaba todo, desde el metafísico espiritualismo de Platon, al genio más levantado del paganismo, hasta el grosero materialismo de Epicuro, prototipo de todas las escuelas corruptoras; la pobreza arrastraba sus mugrientos harapos, maldecida por el oro y los placeres, que ni siquiera le permitian presentarse á su vista; y medio mundo cargaba la pesada cadena de la esclavitud á los piés del otro, al amparo del derecho civil y político.

A su vez, Señores, si el paganismo fué el reinado del vicio y de la mentira por el olvido del verdadero Dios prometido, el racionalismo lo es y lo será cada vez más por la negacion del verdadero Dios humanado; y el pueblo escogido viene á ser así el hermano del pueblo cristiano, como el pueblo gentil viene á ser el hermano del pueblo racionalista. De este modo, Señores, hay dos pueblos y dos principios antagonistas que se disputan el dominio del mundo y que se extienden paralelamente en los espacios del tiempo. Israél es la Iglesia, y la negacion del Cristianismo es una nueva manifestacion pagana. El uno desconocia á

Jehová, Dios de la Biblia; el otro niega á Jesucristo, Dios del Evangelio. Aquel no conoció las verdaderas virtudes, y las sustituyó indignamente con la vergonzosa apoteosis de todos los vicios: éste las niega y las rechaza y quiere sustituir la caridad de la fé con la filantropía de la razon. Aquel tuvo para los dolores humanos la crueldad y el desprecio; éste les ofrece por remedio los problemas socialistas y las contradicciones liberales. Pero ni uno ni otro ha venido como el Cristianismo á curarlos, consolándolos, enalteciéndolos y hasta santificándolos, con las divinas y dulcísimas afirmaciones del Evangelio, que señalan el reino de los cielos á los pequeños y á los afligidos. El racionalismo viene á ser, pues, bajo todas sus fases anti-cristianas, al fin de todas estas investigaciones religiosas, históricas y filosóficas, una continuidad ó una restauracion pagana, anterior á Jesucristo; y léjos, por consiguiente, de ser una civilizacion y un progreso, no es realidad de verdad, sino retroceso y barbarie.

Ahora bien, Señores, si el cristianismo, despues de haber regenerado al mundo, destruyendo los inmundos altares de la idolatría, desmintiendo los monstruosos errores de todas sus sectas filosóficas, y purificando á la sociedad civil y doméstica de sus abominables costumbres; si al restablecer la verdadera nocion de Dios, enseñó una moral santa y pura, colocó el principio de toda autoridad sobre bases justas y sábias, proscribió la esclavitud, ensalzó la pobreza, levantó la condicion de la mujer á un grado sublime, fecundizó al mundo de sábias y benéficas instituciones, y dejó abierta, por último, la puerta de todo progreso y de toda civilizacion legítima; si despues de haber hecho todo esto, decimos, no ha ido más allá, convirtiendo á la humanidad pecadora en inhumanidad inocente, y haciendo de la tierra un paraíso, es, Señores, porque la humanidad no retrocede; es porque el designio de Dios se cumple eternamente en medio de las infinitas armonías de su sabiduría, de su justicia y de su misericordia. Sí, Señores, no nos cansemos de repetirlo: no abriguemos á la faz del sol, imágen viva

de la mirada eterna de Dios, esos sueños impíos é irrealizables; no empeñemos nuestro entendimiento y nuestra voluntad en una lucha estéril é inhumana. El Cristianismo, cumpliéndose en el tiempo, y colocándose en medio de las edades, venció el pasado, el presente y el porvenir, con una fuerza infinita de retrogradacion y de impulsion, con un triunfo único y sintético, como la causa única, indivisible y eterna de donde procedia. Lo que Jesucristo no hizo no lo hará, pues, nunca hombre alguno, nacido ó por nacer; lo que la Iglesia no enseña, no lo enseñará jamas escuela alguna, religiosa ó profana, porque, como ya hemos dicho desde el principio, nada hay fuera de la accion y de la palabra infinita de Dios.

Pero, ¡qué adorable y consoladora aparece, Señores, á los ojos creyentes esa admirable economía del Cristianismo, que concilia de una manera tan ordenada y con tan altísimos fines el poder de la libertad humana con la accion de la Providencia divina, que convierte las cadenas y tormentos del hombre en palmas y coronas de triunfo! Caida del cielo de la gracia á la tierra del pecado, la humanidad cambió de vida cuando cambió de ruta, y no fueron, en verdad, otorgados al hombre redimido los mismos favores que al hombre inocente. Éste, naciendo al pié del trono de Dios, tuvo por feliz morada el espléndido palacio de su gloria; aquel, labrando su pobre cuna muy léjos de la luz de su mirada inefable, tiene que llegar hasta el cielo por el triste camino del arrepentimiento.

Y ese camino, Señores, cuán lleno está de terribles combates, de lastimosas miserias! Cuando reconcentrándonos por un instante en nosotros mismos, abarcamos en abstracto, como con una sola mirada, el espectáculo del mundo, ¡cómo nos maravilla esa Iglesia santa de Dios, nave sagrada bogando entre las olas de un mar de borrascosas pasiones y de inexplicables y contradictorios sucesos! Allí vemos, verdaderamente con asombro, á la libertad y á la razon del hombre, creados tan grandes por el mismo Dios, que, si nos es permitido expresarnos así, están en una lucha per-

pétua con él. Pero en medio de esa lucha, ¡qué magnífica armonía, Señores, qué concepcion tan inimitable y profunda de todas las cosas! ¡Parece increible! La libertad y la razon de Dios luchando con la libertad y la razon del hombre, y creando de este modo el mundo moral, ese secular palenque en donde se reciben las perdurables recompensas y los eternos castigos, esa arena inmortal, sin la cual no podria explicarse el altísimo destino del género humano. Y de este modo, Señores, la Iglesia siendo una, vive por la libertad y en medio de la libertad, porque siendo el punto de atraccion y de luz adonde converge la confusa variedad de los elementos humanos, en un aparente é infinito desconcierto, éstos, girando libremente, están, no obstante, subordinados á la eterna unidad de la Iglesia, reflejo de la eterna unidad de Dios.

Cuando, merced á esas grandes iluminaciones de la fé, y á las profundas y sublimes enseñanzas de la filosofía católica, podemos penetrar hasta el augusto tabernáculo del dogma cristiano, y comprender las eternas y santas relaciones del cielo y la tierra, formuladas en el tiempo por medio de Jesucristo y de la Iglesia, vemos que el misterio de la vida humana se aclara en medio de un océano de luz; que lo inexplicable se hace fácil y sencillo, y que el inaccesible misterio de la Divinidad, se hace tres veces santo, adorable y magnífico al través de los eternos velos con que Dios ha querido ocultarlo á nuestros ojos, para demostrarnos nuestra pequeñez y sujetarnos por medio de la humildad, que es amor, orígen y centro de todas las virtudes. Entónces vemos á toda la turba de impugnadores anti-cristianos, que han atravesado los siglos, agitándose alrededor del inmortal edificio de la Iglesia, á la manera de los miserables insectos que se arrastran al pié de las pirámides seculares de Egipto, sin haber podido mover una sola de sus piedras. Pobres sabios, ciegos á la luz de las verdades de la fé, creen encontrar en ese aparente desórden de la naturaleza, y en las debilidades del hombre, imperfecto instrumento de Dios, un argumento poderoso para derribar la eterna armonía de

la creacion, y para sustituir al órden divino, el órden de la pura razon humana, para romper ese eterno lazo colocado por la misma mano de Dios entre el cielo y la tierra.

"Estudiemos, pues, Señores, con una atencion particular, podemos decir ahora, siguiendo la luminosa huella del ilustre Obispo de Meaux, esa marcha de la Iglesia, que nos asegura tan claramente todas las promesas de Dios. Todo lo que rompe esa cadena, todo lo que sale fuera de esa marcha, todo lo que se eleva de sí mismo, y no viene en virtud de las promesas hechas á la Iglesia, desde el orígen del mundo, nos debe causar horror. Empleemos todas nuestras fuerzas en atraer á esa unidad todo lo que se le desvia, y en hacer escuchar á la Iglesia, por medio de la cual el Espíritu Santo pronuncia sus oráculos." (Bossuet: Discurso sobre la Historia universal, 2.ª parte, cap. XXXI.)

Todas estas augustas y sublimes verdades fueron, empero, reveladas desde un principio, como verdades inherentes á la naturaleza humana, recibidas con acatamiento por una razon más ilustrada y exenta de soberbia, por cuanto era más creyente y religiosa, y han formado siempre el rico patrimonio de las sociedades cristianas. Pero llegó un dia, Señores, en que la razon impía, débil por sí, pero vigorizada cada vez más, como hemos tenido ocasion de explicarlo otra vez, con la misma fuerza expansiva y generalizadora que el Cristianismo vino á imprimir al espíritu humano, enseñando una nueva filosofía, más trascendental y humanitaria, ha querido alzarse con los despojos de tan grandes y bellos atributos, pretendiendo establecer una nueva doctrina, que no solo corriera paralelamente y en inverso sentido con el dogma católico, sino que le sustituyera por completo en el órden humano.

Esta es, Señores, la razon por la cual tenemos necesidad de confesar públicamente y casi como de enseñar de nuevo, esas santas y necesarias verdades, que aprendimos desde el sagrado regazo de nuestras madres, que condujeron á nuestros mayores desde la cuna hasta el sepulcro, y que rogamos á Dios nos conduzcan

tambien á nosotros. Yo sé bien que, al grado á que ha llegado en esta época el dominio de la licencia y del sensualismo, la rebelion á todo órden y á toda autoridad, nosotros hacemos el triste papel de ilotas en medio de las sociedades modernas; pero ante tan sacrílega usurpacion de la autoridad divina en el gobierno de las cosas humanas, ante tan atentatoria calumnia levantada contra las verdades eternas, ante tan horrenda traicion hecha á la vida moral del mundo, no podemos permanecer indiferentes; tenemos que defender y propagar esa verdad santa y necesaria, cuyo conocimiento es el único que puede salvarnos de las ruinas del error, y de los excesos del vicio. *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.* Conoceréis la verdad, dice el apóstol, y la verdad os libertará. (San Juan, cap. VIII, v. 32.)

No puedo ménos que recordar á este propósito, con la misma emocion que experimenté al leerlas, aquellas palabras tan sentidas y de tan amargo reproche, que el Pontífice inmortal de la Iglesia dijo en cierta ocasion á unas gentes que le visitaban: "No somos amigos del César, hijos mios, y por esta razon las gentes de mundo, los sectarios de la nueva doctrina nos vuelven la espalda y nos desprecian." El César, Señores, es la Revolucion social y política, que no es en el fondo más que una revolucion religiosa, como ya hemos explicado, es ese mónstruo de tantas cabezas cuantas son las sectas que se disputan el sagrado patrimonio de la Iglesia; es ese conquistador afortunado que recorre ahora triunfante todas las naciones de la tierra, que se enseñorea del poder público, y reparte sus encarecidos favores desde su elevado trono. ¿Pero qué puede ofrecer, en efecto, á los amigos del César esta santa Iglesia que defendemos, tan infamada ya y tan empobrecida por la persecucion? El mundo sensual y egoista se va, Señores, tras del dispensador de las mundanas riquezas y de las provechosas lisonjas; pero esta Iglesia, tan rica de celestiales dones y de acrisoladas virtudes, no tiene más que espirituales recompensas, austeras penitencias y humildes oraciones.

Entretanto, Señores, los siglos se precipitan sobre los siglos en eternal carrera, y la humanidad sigue marchando de combate en combate, por el camino trazado por el dedo de Dios; porque el inmortal destino del género humano, sigue y seguirá cumpliéndose, conforme á la divina voluntad del Eterno, Autor y conservador de las sociedades, hasta que suene la hora postrera en el último dia de todos los tiempos. Nosotros, hijos del hermoso y legítimo consorcio de la razon y de la fé, santificado por Jesucristo, tenemos que cumplir tambien á nuestro turno, con el santo y grandioso deber que han dejado ya cumplido los que nos precedieron. Mañana, Señores, nosotros, signados con la Cruz, bajarémos á dormir el pesado sueño de la muerte, bajo el polvo vil de la tierra; pero nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, en esa santa é indestructible generacion de los hijos de la fé, vendrán á su vez á librar el triste y rudo combate de la vida, á tomar parte en esa eterna lucha, entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Nuestra causa, en verdad, no es la causa de un dia de combate, ni de un dia de triunfo pasajero: ella se renueva y se renovará perpetuamente sobre la triste morada del hombre, hasta que todo ruido se pierda, hasta que todo movimiento se pare, y hasta que el último de los hijos de los hombres haya bajado al seno de la tierra. Eterna como Dios, su triunfo definitivo llegará, Señores, cuando todas las cosas creadas vuelvan al oscuro seno de la nada de donde han salido.—He dicho.

México, Junio 29 de 1876.